

## Viaje al fondo de la tierra

**Ramón J. SENDER**, *Viaje a la aldea del crimen (Documental de Casas Viejas)*, introducción de José María Salguero Rodríguez, Madrid, Vosa, 2000, 199 pp., 1.900 ptas.

**Por Antonio VILLANUEVA**

La recuperación del patrimonio aragonés es siempre bienvenida. *Viaje a la aldea del crimen* no se reeditaba desde el año de su publicación, en 1934. Ahora, gracias al profesor Salguero y a la editorial Vosa, volvemos a tener en nuestras manos este reportaje sensacional que Marcelino Peñuelas ha definido como un “Yo acuso” a la española. Es, sin discusión posible, una obra maestra en su género, una joya del periodismo literario y de combate de principios de siglo.

Sender pone el dedo en la llaga, criticando duramente la matanza de Casas Viejas, provocada por la salvaje represión de la guardia de asalto, que no hizo más que ejecutar los órdenes del gobierno republicano socialista. Veintisiete campesinos fueron bombardeados, quemados vivos, fusilados, por haber tenido la osadía de soñar una vida con pan y una tierra sin alambradas. Otros muchos fueron detenidos y apaleados, por orden de la autoridad. Con una sintaxis sencilla y el léxico simple que reclamaba su origen periodístico, *Viaje a la aldea del crimen* es un magnífico y ágil relato, pero también un dardo certero contra todo un estado de cosas que la República no quería o no podía cambiar. Sender critica el feudalismo del campo andaluz, los abusos de los latifundistas, el silencio cómplice de la iglesia (aliada del poder, como en *Réquiem por un campesino español*). Describe con fuerza cinematográfica los detalles de la represión. Y, sobre todo, golpea con fuerza contra un gobierno que sirve los intereses de los terratenientes monárquicos y ultramontanos.

El periodismo senderiano, buen hijo de su tiempo como la literatura, es una llamada a la acción. Quiere sacudir las conciencias, orientar la opinión del público, el nuevo soberano que elige a sus gobernantes por sufragio universal. De ahí su marcado afán educativo, su evidente sesgo ideológico. Sender escribe en la época heroica en que se sueña la justicia social, cuando la masa proletaria, recientemente alfabetizada, se agrupaba en sindicatos y buscaba en los medios una cultura alineada con sus deseos: popular, aventurera y prometedora de un mundo mejor.

Pero a Sender nunca le bastó con el relato escueto de los hechos. El periodismo es el taller donde forja su estilo, esa prosa seca y rotunda que le caracteriza. Al oficio, añade pálpito de artista y compromiso intelectual. El resultado es un prodigioso reportaje de calidades sólo comparables a obras maestras de la literatura periodística como *Relato de un naufrago*, de Gabriel García Márquez.

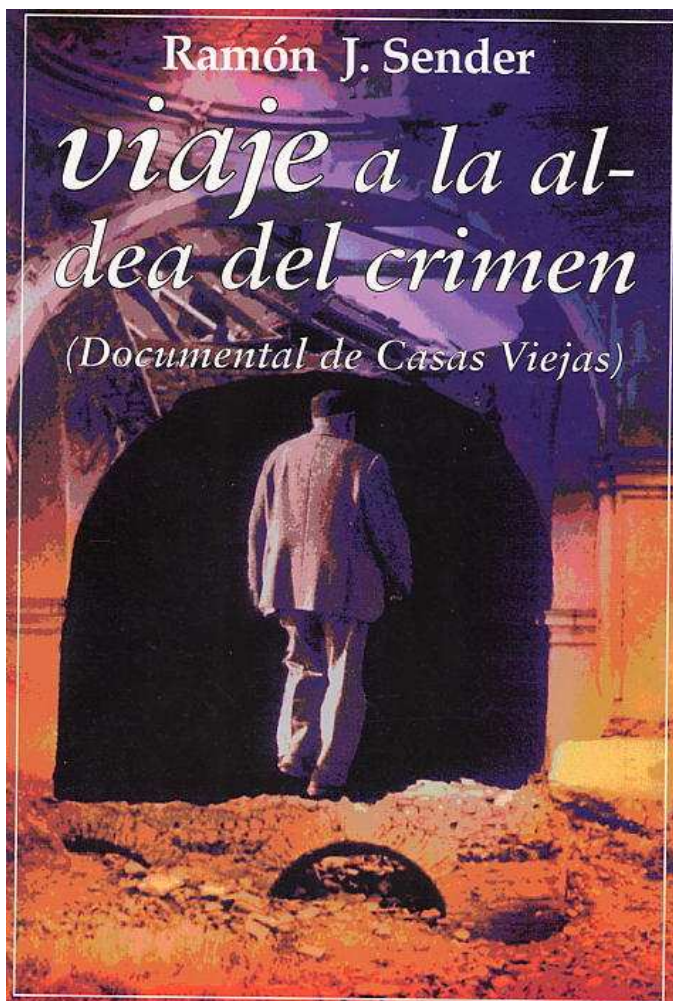
La narración comienza ya con un detalle de imaginación, al confesar el narrador que, viajando en avión en sentido contrario al huso horario, se han ganado cuatro días, de manera que la aeronave llega a Sevilla antes de que se produzcan los sucesos de Benalup de Sidonia, nombre actual de Casas Viejas, alterado por la autoridad para evitar el recuerdo del trágico alzamiento campesino. Gracias a este artificio narrativo, tomado del Julio Verne de *La vuelta al mundo en ochenta días*, el lector puede vivir “en directo”, resucitados por el talento del escritor, los episodios más dramáticos de la historia.

Hay detalles magníficos en el relato. Por ejemplo, la personificación de la tierra, que habla con los campesinos y les pide: “Aradme. Sembrad”, a lo que ellos contestan: “Por eso, por querer roturarte estamos aquí. Por eso han muerto en la aldea tantos compañeros”. Es un diálogo sobrecogedor, que pone en evidencia las contradicciones del campo andaluz, en el que más de 50 mil hectáreas, propiedad de los latifundistas, estaban sin cultivar, mientras los jornaleros se morían de hambre, escrófula y tisis. O ese gran acierto de incorporar como personaje a la altiva estatua de Medina Sidonia, “María Mármol”, de origen pagano, a la que el

pueblo llano, el pueblo del luto y de la pena, habla y reza, canta y quiere. “María Mármol” es el símbolo que anuncia la revolución por venir; representa el miedo de los caciques y la esperanza de los sometidos. Es la diosa pagana, fenicia, romana, griega, que se queja porque del Norte “vinieron el Estado, la ley y la iglesia”. Es la esperanza que promete la tierra “a la cuarta generación de hambrientos” y que se queja porque “los hermanos del sur [los árabes] fueron arrojados de aquí”.

*Viaje a la aldea del crimen* es el relato de todos los hambrientos del mundo que sueñan con un futuro mejor y quieren luchar por él. ¿Qué diría Sender del trato que hoy les damos a los “hermanos del Sur” que se acercan a nuestras fronteras?

Aparte sus valores periodísticos y literarios, el libro tiene gran trascendencia desde el



punto de vista de la evolución política de Sender. Porque el de Chalamera no regatea críticas al poder —gobierno, iglesia, propietarios o fuerzas del orden público—, pero también ataca a los que hasta entonces habían sido sus compañeros de viaje, los anarquistas. Acusa a la C.N.T. por embarcar a los campesinos en insurrecciones dudosas que acaban con baños de sangre y represión policial. La acusa por ser incapaz de canalizar de modo productivo las energías revolucionarias. La obra supone un punto de inflexión en la trayectoria política de Sender, desilusionado con el individualismo libertario y fascinado, por entonces, con la eficacia pugnaz de los comunistas. Coqueteo prosoviético que, años más tarde, ya sabemos cómo terminó.

No nos queda más que congratularnos por la reedición —justa, necesaria, inevitable— de este clásico de principios de siglo, en una edición —hay que decirlo— algo más austera de lo que habríamos querido. La introducción de Salguero es magnífica, pero se echan en falta, en el interior y al final del libro, más notas a pie de página, más referencias bibliográficas, más comentarios aludiendo a los artículos periodísticos senderianos

frente del relato, al debate parlamentario sobre Casas Viejas, a otras narraciones periodísticas sobre los mismos sucesos (particularmente, la de Eduardo Guzmán, que compartió viaje a Casas Viejas con Sender). Nos consta, no obstante, que Salguero es conocedor de todo ese material, porque lo ha utilizado en su documentada tesis sobre el “primer Sender” y en varios artículos en la revista oscense *Alazet*. Seguramente, la editorial ha impuesto limitaciones de espacio y/o de tiempo que han obligado a cortar por lo sano. Comprendemos las razones mercantiles —nueva servidumbre que no se discute y sólo se acata—, pero no nos importa decir que, en este caso, tras haber esperado tantos años la reaparición del *Viaje a la aldea del crimen*, no nos hubiera molestado haber esperado algunos meses más para encontrarnos, finalmente, con un producto un poquito más abundante en informaciones complementarias.